

esta ley: «Nadie podrá interrumpir á un tribuno cuando esté hablando ante el pueblo. Si alguien infringe esta prohibición, dé caución de presentarse en juicio; si no comparece, sea condenado á muerte y confiscados sus bienes.» (1)

En la lucha fué herido ó acaso muerto Letorio (2); pero Apio quedó humillado como patricio y como cónsul: la muerte de un tribuno no bastaba á su orgullo ofendido. Una invasión de los ecuos y de los volscos puso á los plebeyos á merced del cónsul, obligándolos á salir de Roma bajo su conducta. Jamás hubo mando más imperioso y arbitrario. «Mis soldados son otros tantos Voleros,» decía en son de bafa. Y á fuerza de injustos rigores parecía que sólo deseaba apurar su paciencia é impelerlos á la rebelión. Fuera traición, fuera pánico ó venganza de los soldados que quisieran deshonorar á su general, ello es que al primer encuentro con los volscos arrojaron las armas y huyeron sin detenerse hasta el territorio romano. Allí volvieron á encontrar á Apio y sus venganzas. Los centuriones, los duplicarios que habían abandonado sus banderas fueron condenados al suplicio y los soldados diezmados. Esta sangre pagaba las últimas victorias plebeyas.

Apio entró en Roma, cierto de la suerte que le esperaba, pero contento de haber domado una vez siquiera á aquel pueblo. Citado ante los comicios populares, al salir del

consulado, compareció como acusador, no como reo su plicante, injurió á los tribunos y á la asamblea, y les hizo retroceder á fuerza de altivez y de audacia. El día del juicio tuvo que aplazarse: Apio no lo esperó una muerte voluntaria previno su condenación, y admirando la multitud á pesar suyo tan indomable fiereza, honró los funerales de Apio Claudio con un inmenso concurso (470). Tito Livio le hace morir de enfermedad: es menos dramático, pero más probable.

En 493 los tribunos sólo tenían su veto; en 476 se atribuyeron el derecho de acusar á los consulares, y en 471 el de proponer plebiscitos al pueblo. Así veintitres años les bastaron para organizar la asamblea política de los plebeyos, y hacer de ella ya, hasta cierto punto, un poder legislativo y judicial. En cuanto á la ley agraria fué rechazada al fin, y á pesar de tantas y tan sonoras palabras y vanas promesas, el pueblo permaneció en su pobreza. Pero sublevando la multitud con esa engañosa imagen de la igualdad de bienes, conquistaron los tribunos su puesto en el Estado y las verdaderas garantías populares. Siempre ha sido y siempre será así.



Ediles plebeyos (3)

CAPÍTULO VII

HISTORIA MILITAR DE ROMA DESDE LA MUERTE DE TARQUINO HASTA LOS DECENVIROS (495-451)

I. — EL TERRITORIO ROMANO EN 495. — PÓRSENA Y CASIO

La monarquía había dado á Roma una grandeza que atestigua el tratado de Tarquino con Cartago, y á los plebeyos un bienestar resultante del comercio que este tratado supone, de las guerras afortunadas hechas por los reyes, y de las inmensas obras emprendidas por Anco, Servio y los dos Tarquinos. La revolución aristocrática de 509 hizo perder á los romanos este poder y esta prosperidad. El pueblo cayó en la miseria y Roma quedó reducida casi á sus propios muros.

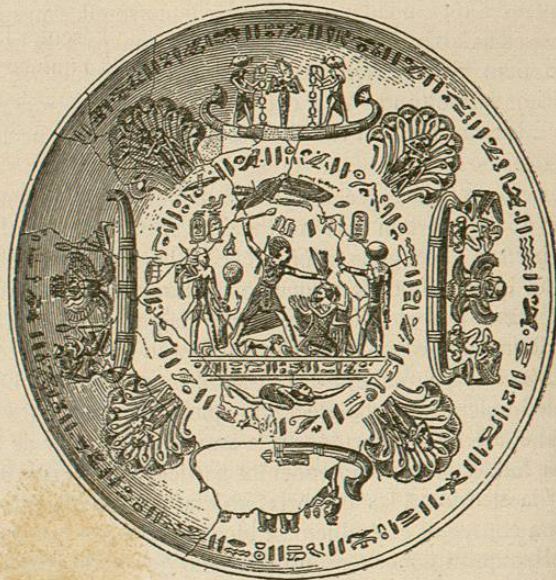
La más peligrosa de las guerras provocadas por esta revolución fué la que hizo Pórsena, el poderoso *lars* de Clusium, que venció á los romanos, ocupándoles el territorio de las diez tribus establecidas al Norte del Tíber. Roma ocultó su derrota bajo heroicas leyendas, y sólo después de haber llegado á ser la señora del mundo, pudo confesar sin rubor que había aceptado de Pórsena condiciones más duras que las que ella misma imponía después de sus brillantes victorias: le prohibió el uso del hierro, á no ser para la agricultura, y exigió en señal de sumisión que le enviara el senado una silla curul ó trono de marfil, un cetro y una corona. Sometida Roma, todavía quiso Pórsena conquistar el Lacio, que tres siglos antes habían atravesado victoriosamente los etruscos, y abrirse camino hacia las lucumonias del Volturno.

Los griegos campanienses vieron con espanto los prepa-

(1) Dionis. VII, 17. Se pone ordinariamente esta ley en la época del proceso de Coriolano. Colocándola aquí nos conformamos con la opinión de Niebuhr y el encadenamiento lógico de los hechos.

(2) A lo menos, no reaparece más.

rativos para esta nueva invasión, y para prevenirla, vinieron en auxilio de las ciudades latinas que se resistían á los etruscos. Aricia, que dejó su nombre á la pintoresca aldea



Copa fenicia encontrada en Preneste

de Laricia, en la falda meridional del monte Albano, cerca del bellissimo lago de Nemi, era entonces la ciudad más floreciente del Lacio. Había resistido á Tarquino el Sober-

(3) AED. PL. (*ediles plebis*). Cabeza de Ceres: en el reverso: M. FAN. I. CRT. P. A. Marco, Fanio y Lucio Critonio, ediles del pueblo. Medalla de plata de las familias Fania y Critonia.

bio, y cuando el hijo del rey de Clusium, Arunte, se presentó delante de sus muros con un poderoso ejército, los habitantes salieron bravamente á su encuentro con sus aliados latinos y griegos.

Pero no pudieron sostener el choque de la falange etrusca, y ya retrocedían en desorden, cuando las gentes de Cumas entraron también en combate, y atacando al enemigo por la espalda, en una hábil maniobra, trocaron su victoria en derrota. Arunte quedó muerto en el campo de batalla, y

todavía se enseñan, cerca de Laricia, las ruinas de un sepulcro construído á la manera etrusca, donde se supone que fué sepultado. Los restos de su ejército se refugiaron en Roma, la cual se aprovechó de este revés para rebelarse. Con esto, la dominación etrusca retrocedió otra vez más allende el Tíber.

Roma volvía á recobrar su libertad, pero no su poder (1), porque los etruscos quedaban aún dueños de la orilla derecha del río, y en la orilla izquierda no recobró más que el antiguo *ager romanus*, limitado al Sud por las tierras de los



Túsculo. Restauración de Canina

Laines de Gabias, de Bovilla, de Telenia y de Túsculo. Desde la alta ciudadela de Túsculo, que se elevaba á quince millas del recinto de Servio, se veía todo lo que salía de Roma por la puerta Capena; pero desde allí también los tusculanos, fieles aliados, indicaban con fogatas encendidas en sus murallas la aproximación de los ecuos y de los volscos.

Al E. algunas expediciones afortunadas á la Sabina llevaron la frontera romana hasta las cercanías de Ereto, que quedó libre. Tibur, más cerca de Roma, de la que sólo distaba veinte millas, conservaba también su independencia y prometía defenderla bien por el culto que daba á su divinidad poliada, el Hércules de las Rocas, *Hercules Saxanus*, cuyo templo se elevaba por encima de las cascadas del Anio. Y la defendió, en efecto, por espacio de más de siglo y medio.

Al N. apenas pasaban del Janículo los límites. Roma no era pues un grande Estado, pero era siempre una de las mayores ciudades de Italia y á esto debió su fortuna. En su recinto y en su territorio sólo de alguna extensión se contaban, según Dionisio de Halicarnaso (2), 130,000 hombres de armas tomar, 130,000 hombres á las órde-

nes de los cónsules, dirigidos en los momentos de peligro por una sola voluntad y siempre sujetos á una admirable disciplina. Gracias á esta concentración de sus fuerzas, pudieron los romanos entregarse impunemente á sus discordias interiores, porque si gastaban en el Foro la energía que habrían llevado al campo de batalla, muy útilmente para su poder, eran demasiado fuertes para ser abrumados por cualquier enemigo que los atacara, dispuestos siempre á la unión al amago de una guerra seria y sacando de su misma unión una fuerza invencible. Con esto, nunca dejaron de tener confianza en su fortuna, y desde los primeros tiempos de la república elevaron un templo á la Esperanza.

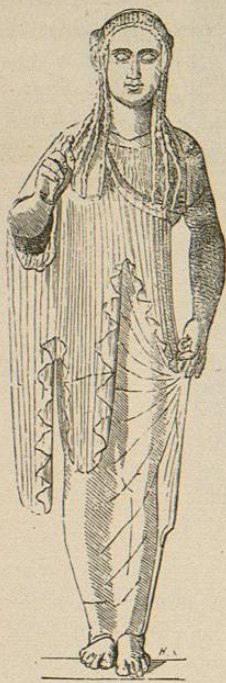
Sus enemigos eran, sobre todo, los ecuos y los volscos. Montañeses pobres y rapaces, siempre amenazadores y sin embargo inatacables, ahora en la llanura incendiando las mieses, ahora atrincherados ó perdidos entre los riscos y malezas de sus montes, los ecuos eran el enemigo, si no más peligroso, á lo menos el más incómodo. Los volscos, al contrario, ricos y numerosos y dueños de un fértil territorio, habrían sido más de temer, si no hubieran estado divididos en una multitud de pueblecillos, que no se reunían nunca para ofender ó defenderse, ni tenían cálculo ni perseverancia en sus expediciones, que á menudo hacían fracasar las impacencias de unos ó la lentitud de otros. Esta división, y por consiguiente la falta de una gran capital cuya toma pudiera de una vez terminar la lucha, y ade-

(1) Esto resulta claramente de la guerra contra los veyentes en 483, y de la reducción de las treinta tribus de Servio á veinte, cifra que se encuentra después de la expulsión de los reyes. En 495 se citan veintitres (Tit. Liv., II, 21), nueva tribu llamada *Crustumina*, del nombre de una ciudad conquistada, habiéndose formado después de la guerra contra la Sabina.

(2) Dionis., V, 20.

más la misma naturaleza del país cortado por montañas y pantanos, todo esto debía eternizar la guerra. Con tales enemigos, no había otro medio de acabar que el empleado después por el gobierno pontificio contra los bandidos de los Estados romanos: arrasar los caseríos y exterminar la población. Roma procedió así; pero cuando terminó la guerra, el país de los volscos no era ya más que un desierto.

En la Etruria, eran diferentes los adversarios: Veyos, ciudad comerciante é industriosa (1), estaba situada sólo á cuatro leguas del Janículo. Por esta parte se sabía bien adonde pegar: no había más que marchar derechamente á la ciudad, ponerle cerco y tomarla. Pero el peligro para Roma era el mismo que para Veyos, porque estas dos ciudades estaban en condiciones de existencia casi idénticas, las dos grandes, pobladas, fuertes de asiento, ceñidas de robustos muros y defendidas por fuerzas considerables. Así, este sitio que debía terminar la guerra, necesitaba aliento y preparación, y Roma no estuvo en estado de emprenderlo hasta cien años después. Entre estos enemigos no hemos



La Esperanza (2)

contado á los latinos ni á los hérnicos, cuya posición los hacía necesariamente aliados de la república. Con el incendio de las quintas latinas se anunciaban siempre en Roma las correrías de los ecuos y de los volscos; y los hérnicos, establecidos entre ambos pueblos, en el valle del Trero, tenían que sufrir muy á menudo sus depredaciones. Esta alianza databa de muy atrás (de las ferias latinas). Bajo el reinado del último Tarquino se había trocado para Roma en una dominación que desbarató el destierro del rey y no restableció la batalla del lago Regilo. Roma y los latinos quedaban separados, pero el poder creciente de los volscos y las rapiñas de los ecuos los aproximaron de nuevo. En 493, durante su segundo consulado, E. Casio firmó con las treinta ciudades latinas un tratado, omitido de intento, ó mal comprendido por los

historiadores de Roma, porque revelaba su flaqueza después de las guerras reales, pero que se lefa aún en tiempo de Ciceron sobre una columna de bronce.

«Habrá paz entre romanos y latinos, mientras esté el cielo sobre la tierra y la tierra bajo el sol. Nunca se armarán unos contra otros; ni darán paso al enemigo á través de sus territorios; y se prestarán auxilio con todas sus fuerzas siempre que sean atacados. El botín y las conquistas que se hagan en común se partirán por mitad entre los dos.» Otro testimonio (3) permite añadir: «El mando del ejército combinado alternará anualmente entre los dos pueblos.»

Siete años después, durante su tercer consulado, algún tiempo antes de proponer su ley agraria, ajustó Casio otro tratado con los hérnicos. Desde entonces, los ecuos y los

(1) Dionisio (II, 54) la supone tan grande como Atenas, y Tito Livio (V, 24) más bella que Roma. Estaba situada donde se halla la *Isola Farnese*, en una altura que domina un magnífico valle regado por el Cremera.

(2) Esta estatua está reproducida en el *Atlas del Bolet. Arqueol.*, t. IX, pág. 3, con el título de *Statua archaica*.

(3) Cincio, citado por Festo, s. v. *Prætor ad portam... Quo anno Romanos imperatores ad exercitum mittere oporteret...*

volscos no hicieron un movimiento que los mensajeros hérnicos ó latinos no corrieran á denunciar á Roma, y con esto, descendiendo las legiones ó subiéndolo el valle del Trero, pudieron amenazar hasta el corazón al país enemigo.

Estos dos tratados ayudaron más á la futura grandeza de Roma que ninguno de los tratados que ajustara después, como quiera que aseguraron su existencia en una época en que su fortuna podía ser ahogada en su cuna misma. Todo el peso de la guerra contra los ecuos y los volscos recayó sobre sus aliados, y por esta parte sólo desempeñó el papel de auxiliar. De aquí la poca importancia de sus guerras, á pesar de los actos de heroísmo y abnegación, los nombres ilustres y las maravillosas historias de que las han llenado los autores.

II. — CORIOLANO Y LOS VOLSCOS — CINCINATO Y LOS ECuos.

Los volscos, establecidos en montañas (*monti Lepini*) que alcanzan una altura de 5,000 pies y cuyas aguas forman las lagunas Pontinas, tenían la doble ambición de extenderse á la vez por el fértil valle del Tíber y por el del Liris. Después de la caída de Tarquino, habían recobrado las ciudades que este rey les había tomado; y detenidos al S. por la fuerte posición de Circei, que sin embargo cayó en su poder, y por el país impracticable y estéril de los auruncos, se lanzaron sobre las ricas llanuras del Lacio, se llevaron sus avanzadas hasta diez millas de Roma (4). La más afortunada de sus invasiones, aquella á que se atribuyeron todas sus conquistas, fué dirigida por un ilustre desterrado romano, de la gente ó familia Marcia.

Era, según la leyenda, un patricio distinguido por su valor, su piedad y su justicia (5). En la batalla del lago Regilo había merecido una corona cívica, y ganado en la toma de Coriolos el sobrenombre de Coriolano. Un día que los plebeyos se negaban á las levas, hubo de armar á sus clientes y sostuvo solo la guerra contra los ancianos. Sin embargo, el pueblo, á quien humillaba con su altivez, se opuso á su consulado, y Coriolano recibió agravio de ello concibiendo contra él un odio que hubo de revelar con imprudentes palabras.

Durante la retirada al monte Sagrado habían quedado las tierras sin cultivo, y para combatir el hambre, se consagró un templo á Ceres, y lo que valía más, se compró trigo en Etruria y en Sicilia, donde Gelón se negó á recibir su precio. El senado quería repartirlo gratuitamente entre el pueblo. «O no hay trigo, ó no hay tribunos,» dijo Coriolano. Los tribunos hubieron de oír estas palabras y lo citaron ante el pueblo luego al punto. Ni las amenazas ni los ruegos de los patricios pudieron ablandarlos, y Coriolano, condenado á destierro, se retiró entre los volscos de Ancio, poderosa y rica ciudad marítima.

Tulio, jefe de ellos, olvidó su rivalidad y odio para excitar en el corazón del ilustre desterrado deseos de venganza; consintió en ser su lugarteniente, y Coriolano marchó sobre Roma á la cabeza de los volscos. Ningún ejército, ninguna plaza lo detuvo en su impetuosa marcha y fué á acampar sobre el foso Cluilio asolando las tierras de los plebeyos, pero respetando de intento las de los patricios. En vano intentó Roma aplacarlo: los más venerables consulares y los sacerdotes de los dioses, que vinieron á hablarle en son de súplica, no obtuvieron del iracundo caudillo más que una dura respuesta.

(4) A Bovila, la cual tomaron (Plut. Cor., 29), como también Coriolos, Lavinio, atrico y Velitras (Tit. Liv., II, 13).

(5) Dionis., VIII, 62.

Cuando la diputación romana volvió desesperada, Valeria, hermana de Publícola, rogaba con las matronas en el templo de Júpiter, y como si recibiera una inspiración de arriba, las arrastra á la casa de Coriolano y decide á Veturia su madre á intentar conmovier el corazón de aquel proscrito, cuya alma fiera no se había dejado ablandar por las súplicas de la patria misma.

Al acercarse estas matronas, conservó Coriolano su mismo fiero aspecto; pero le anuncian que entre ellas están su anciana madre y su esposa llevando de la mano á sus dos hijos. Demasiado romano aun para faltar al respeto filial, se adelanta á recibir á la noble Veturia y manda bajar las fascas ante ella. «¿Estoy delante de mi hijo, le preguntó la severa madre, ó delante de un enemigo?» Su joven esposa no se atrevía á hablar, pero llorando abrazó á su marido y sus hijos se estrecharon también con él. El caudillo estaba vencido y se retiró: las romanas acaban de salvar á Roma por segunda vez.

La escena es bella, pero no es verosímil. Cansados de guerra y hartos de botín, ó hallando que la resistencia se hacía más fuerte á proporción que se acercaban á Roma, los volscos hubieron de restituirse á sus ciudades. Añade la leyenda que no perdonaron á Coriolano haberse detenido en medio de su venganza y lo condenaron á muerte. Según Fabio, hubo de vivir hasta una edad avanzada repitiendo: «El destierro es cosa muy dura para un anciano.»

Así, no se podía negar que Roma se hubiera visto reducida otra vez al último extremo ni que los volscos se hubieran establecido en el centro del Lacio; pero era un patricio quien había vencido y quedaba á salvo el honor.

En cuanto á Coriolano, con razón sobrada encontraba amargo el pan de la expatriación, porque el destierro romano era una excomunión civil y religiosa. El destierro perdía no ya sólo su patria y sus bienes, sino también sus dioses domésticos, su esposa, que tenía el derecho de casarse con otro, sus hijos, para los cuales venía á ser un extraño, sus antepasados que no podían ya recibir de él los sacrificios fúnebres. Nuestra muerte civil era menos terrible (1).

Las montañas que separan las cuencas del Liris y del Anio descienden de las orillas del lago Fucino hasta por debajo de Palestrina, donde terminan, en Algido, en una especie de promontorio, que domina la llanura y el valle del Tíber. Siguiendo los ocultos senderos de la montaña, llegaban los ecuos, sin que se les viera, hasta Algido, en unos bosques cubrían aun su marcha y sus emboscadas. Desde allí caían de improviso sobre las tierras latinas, y si eran ellos bastante numerosos ó el enemigo demasiado prudente, muy luego se hallaban en medio del campo romano. Todos los años se renovaban estas incursiones; no era la guerra, pero hubieran sido preferibles serios combates á aquellas eternas rapiñas, á mano armada. Los latinos llegaron á flaquear tanto, que los ecuos pudieron tomarles muchas ciudades (2). Según el tratado de Casio, hubiera debido Roma enviar todas sus fuerzas en su auxilio; pero sus disensiones interiores y

(1) Cicerón pretende que él mismo se hubiera dado muerte, sin otra razón que parecerle más conveniente este fin del héroe: *Huius generis mortis solius assentior*. Pero Atico le contesta: Verdad es que se permite á los retóricos mentir en historia, con tal de que gane el arte: *concessum est rhetoribus ementiri in historiis ut aliquid dicere possint argutius*. Si se comparan estas palabras con las de Tito Livio citadas en otro lugar, se verá que aquellos romanos tenían una extraña idea de los deberes del historiador.

(2) Corbio, Vitelia, Bola, Labico. En la leyenda de Coriolano, todas estas ciudades, hasta Corbio, fueron tomadas por los volscos. Habíanse atribuido de intento al desterrado romano las conquistas sucesivas de los volscos y de los ecuos.

los peligros que corría por parte de Veyos retenían á las legiones en la ciudad ó al N. del Tíber.

Sin embargo, el senado no pudo menos de inquietarse cuando vió á los ecuos establecidos en Algido y á los volscos en el monte Albano, separando á los latinos de los hérnicos y amenazando á la vez á entrambos pueblos. Habiendo dado fin por algún tiempo á la guerra etrusca y á las turbaciones del Foro una tregua de cuarenta años que acababan de firmar los veyentes (474) y la adopción de la ley Publilia, pudieron escuchar ya las quejas de los aliados.



Ceres (3)

Dos miembros de la gente Quincia, Capitolino y Cincinato, tuvieron el honor de esta guerra.

T. Quincio Capitolino, patricio popular, había sido el colega del imperioso Apio, y mientras los Voleros de éste se dejaban batir por los volscos, quitaba Quincio á los ecuos su botín y volvía á Roma con el título de *Padre de los soldados*. Por segunda vez cónsul, en 467, se apoderó de Ancio, y distribuyó parte de su territorio entre colonos romanos, obteniendo á su vuelta un triunfo tan brillante, que conservó por él el sobrenombre de Capitolino. Los ecuos permanecían en armas y cuatro veces sus ágiles cuadrillas penetraron audazmente en el campo de Roma. Un día, hasta llegaron á envolver al cónsul Furio en una estrecha garganta, y dos legiones se vieron en inminente peligro de perecer. Pero allí estaba Capitolino y él los salvó. A la noticia del peligro, el senado había investido al otro cónsul del poder dictatorial con la fórmula: *Caveat consul ne quid detrimenti respublica capiat*, y sólo se había servido de él para encargár á Capitolino del difícil cuidado de salvar el ejército consular.

(3) De una pintura antigua del Museo Borbón en Nápoles.